

ojos de la mozueta que le tuvo enredado en sus lazos hasta que llegó á estar decrepito.

¿Qué otras prendas evangélicas tuvieron Carlostadio el beodo, el fraudulento Bucero y el impudente Hosen ú Osiandro? Carlostadio solo servia para competir con Lutero en un figon, bebiendo á porfia, y diciéndose uno á otro en tono de chanza las mas atroces injurias: Bucero era un apóstata del orden de Santo Domingo y de la reforma de Lutero, hoy luterano, mañana sacramentario, unas veces luterano y zuingliano á un mismo tiempo, otras tan crédulo que su fe era un problema en todos los partidos, y siempre adulador servil, con tal que el amor infame que tenia á una vírgen consagrada á Dios, fuese trasformado en amor conyugal, y se colocasen en el número de los abusos los santos votos, cuya observancia le era tan penosa; y Osiandro, libertino desenfrenado, blasfemador insensato, tenia tan poco derecho al apostolado, que el mismo Calvino le declaró comprendido en la clase de los ateistas.

Zuinglio, mozo atolondrado, que pasó de repente de la profesión de las armas al estado eclesiástico, en el que no tardó en fastidiarse del celibato, no tuvo otro motivo que aquella inestabilidad libertina para tremolar la bandera de la impiedad sacramentaria, ni otro derecho á la enseñanza que una presuncion fundada en el don de elocuencia ó de verbosidad con que le habia dotado abundantemente la naturaleza: ignorante tan absurdo, que unia el luteranismo con el pelagianismo: restaurador tan extravagante de la pureza del Evangelio, que colocaba en el cielo al lado de Jesucristo y de la Reina de las vírgenes, á Hércules, hijo de la adúltera Alcmena, á Numa, padre de la idolatría romana, á Escipion, discípulo de Epicuro, al suicida Caton y á

otros muchos semejantes adoradores é imitadores de sus viciosas divinidades. Tuvo otro cooperador de muy distinto carácter, y de un talento muy á propósito para recomendar una secta. Estaba dotado Ecolampadio de tan especioso modo de discurrir y de insinuarse, de una elocuencia tan agradable y de una diction tan pura y amena, que segun dice Erasmo, podia seducir á los mismos escogidos, si hubiera sido posible. Pero Ecolampadio, religioso de insigne piedad antes de su apostasia: Ecolampadio, que sentia en extremo interrumpir sus dulces comunicaciones con Dios, y hablaba despues con tanta uncion que era imposible oírle sin quedar penetrado de sus mismos sentimientos, no fue ya mas que un fraile libertino, luego que llevado de su imprudente y presuntuosa curiosidad dió oídos á las novedades de la reforma, salió del claustro, se rindió á los albagos de una muchacha perdida, y fue el primer reformador apóstata que revistió su sacrilegio con las solemnidades del matrimonio.

Todos los anabaptistas en general, como tambien sus gefes, Storek, Muncero, Juan de Leiden y todos los impíos á quienes se dan los nombres de socinianos, unitarios y anti-trinitarios, se pintaron á sí mismos con los mas vivos colores, en la horrible doctrina que destruye todos los principios de las buenas costumbres y los dogmas fundamentales del cristianismo. Sus obras sirvieron mejor que su doctrina para juzgar de su mision. Basta lo que hemos dicho acerca de los autores de la reforma. Trátemos ya del objeto que se propusieron.

¿Qué es lo que intentó Lutero reformar, suprimir y destruir? O para hablar con mas exactitud, ¿qué es lo que no intentó destruir con pretesto de reforma? ¿Lo creeríamos si no lo hubiésemos visto en sus escritos, en su conducta, en las

revoluciones tan desgraciadas como famosas que constan por los monumentos mas fidedignos? ¿Podríamos dar crédito á tantos testimonios irrefragables, si cuatro reinos y veinte repúblicas ó confederaciones no nos presentasen continuamente este trastorno? ¿Quién creeria (¡justo cielo!) que se diese y se recibiese por reforma, por restablecimiento y perfeccion del verdadero cristianismo, y por el mas puro Evangelio, la prostitucion de aquella Iglesia vírgen, cuya vida angelical la habia hecho dueña por espacio de mil quinientos años del corazon del divino Esposo? ¿la profanacion del celibato eclesiástico y de los votos sagrados de religion? ¿el desprecio de los santos padres y doctores, de los mas célebres concilios, de toda tradicion y de toda enseñanza pública? ¿la abolicion de casi todos los sacramentos, esto es, de los conductos saludables por donde se nos derivan las gracias del cielo? ¿el desprecio de las imágenes y de las reliquias de los Santos, del sacrificio adorable de nuestros altares, del orden sagrado del sacerdocio y de todo orden eclesiástico? ¿la degradacion del matrimonio cristiano, abatido á aquella bajeza carnal de que le habia sacado el Dios que solo habita en el hombre que se hace superior á los estímulos de la carne? ¿la supresion de la penitencia sacramental, de todas las obras satisfactorias, y generalmente de toda buena obra de precepto, á lo cual no se substituía mas que una fe muerta y estéril, ó por mejor decir, quimérica; una fe que por medio de la extravagante é imaginaria seguridad que inspiraba, comunicaba una justicia tan inamisible que podia subsistir con todos los delitos? En una palabra, destruir de un golpe la fe y las buenas costumbres, era lo que se llamaba reforma.

No contentos Zuinglio y Calvino con lo que habia hecho

Lutero, destruyeron todos los sacramentos sin ninguna excepcion: Zuinglio por sí solo, inutilizando el bautismo con sus dogmas pelagianos acerca del pecado original; y Zuinglio y Calvino juntos, reduciendo la presencia corporal del Salvador en la Eucaristía á la simple figura, ó á una simple percepcion de la fe. ¿Qué idea de sacramento podia conservar Calvino ni los bandidos sacrílegos formados en su escuela, cuando abrasaban nuestros templos, destrozaban nuestros tabernáculos, hollaban nuestros formidables misterios y destinaban nuestros vasos sagrados á los usos mas viles é indecentes? ¿Habrian cometido semejantes horrores, ni merecido por ello los aplausos de sus ministros, si la secta hubiese mirado verdaderamente á la Eucaristía como un sacramento, como una señal instituida por Jesucristo para la santificacion de nuestras almas, ó aunque no fuese mas que como una figura, siempre respetable, de su cuerpo y sangre? No hablaremos de otras impiedades aun mas enormes de los anabaptistas y socinianos, profanadores nacidos de un mismo tronco, pues no hay duda en que la reforma de Lutero produjo todos estos mónstruos de reforma.

Ciertamente que para establecer semejante religion se necesitaban unos medios muy extraordinarios; y los halló el infierno proporcionados al gusto depravado y á la situacion crítica de cada nacion, como se vió con toda claridad en Alemania, Inglaterra y Francia. El interés en Alemania, la corrupcion de costumbres en Inglaterra, y la ligereza ó el amor de la novedad en Francia, fueron las armas de que se valió la reforma herética. Se principió por abandonar á los Príncipes alemanes los bienes eclesiásticos, que eran muy considerables en sus estados, las hermosas posesiones, los castillos y las fortalezas, las ciudades

y soberanías que tenían en ellos los obispos y varios abades. Los prelados que adoptaban el nuevo evangelio, tomando muger, quedaban propietarios de sus beneficios, y trasmitían á su posteridad los títulos honoríficos y los territorios que disfrutaban. Además de los innumerables obispados que se convirtieron de este modo en herencias profanas, Alberto de Brandemburgo, gran maestro del orden teutónico, se apropió la Prusia que era de aquellos caballeros y allanó á los Príncipes de su casa el camino para ocupar el trono. Las ciudades imperiales quedaron esentas de la dependencia del gefe del imperio, y los vasallos ordinarios libres de la autoridad de sus señores. A los clérigos, á los frailes y á las monjas que se fastidiaban de la regla y del celibato, se les abrieron las puertas del claustro, se les ofrecieron mugeres y maridos: el concubinato sacrílego, el incesto y el adulterio espiritual fueron calificados de matrimonio, y al desenfreno se le dió el nombre de libertad evangélica. Al comun de los fieles se les libertaba de la parte mas penosa que tiene la penitencia, no obligándolos mas que á confesarse con solo Dios; de la observancia de las fiestas, de la cuaresma, de todos los ayunos y abstinencias de precepto, en una palabra, de toda práctica onerosa.

Llegó la adulacion al extremo con los Príncipes que tenían las pasiones exaltadas, y á quienes deseaban atraer á su partido los sectarios. Dígalo aquella consulta eternamente famosa, eternamente infame, en que Lutero, Bucero, Melancton y los demás corifeos de la reforma, permitieron la poligamia formal al landgrave de Hesse. ¿Y qué motivo se alegó para conceder esta monstruosa dispensa, que no tenía ni un solo egemplar entre los cristianos desde el origen del cristianismo? Nada mas que el

temperamento del Príncipe, irritado con el vino y con los opíparos banquetes germánicos, á donde no permitía la decencia que concurriese la Princesa su muger. ¿Pero qué podía exigir Lutero en materia de buenas costumbres y de pudor, cuando estableció generalmente estos cánones infames en su iglesia de Witemberg: »si la esposa es áspera é intratable, acérquese el marido á la criada: si se resiste Vasthi, sustitúyase la Ester?» A esto se reducía toda la delicadeza de este nuevo moralista en orden al matrimonio, como lo habia manifestado ya relativamente al Rey de Inglaterra. Bastará recordar la anécdota revelada por el mismo landgrave al solicitar su dispensa, á saber, que Lutero y Melancton habian aconsejado al Rey Enrique VIII que no hiciese anular su matrimonio con la Reina su muger, sino que se casase con otra sin divorciarse de aquella.

Hubo sin duda Príncipes y grandes á quienes preservó el cielo de esta seducción grosera. Se emplearon contra ellos las maquinaciones y la violencia, los disturbios, las facciones, las sediciones, la rebelion á cara descubierta, todas las calamidades de la guerra civil prolongada por espacio de dos siglos, y revestida de un carácter de atrocidad desconocido hasta entonces. Por principio de religion se perseguía al Soberano legítimo y se despedazaba á la pátria. Contra la doctrina y la práctica de los primeros fieles, los cuales solo sabian padecer y morir aun en tiempo de los Nerones y Domicianos, era una máxima de la reforma que los vasallos podían y debían rebelarse luego que el Príncipe intentase ó se sospechase que intentaba mezclarse en las cosas que son privativas de la conciencia. ¿Y cuáles fueron los frutos de esta fatal doctrina en Francia, Alemania, Inglaterra, Holanda, Suiza, Polonia, Hungría y Transilvania? No

hay más que renovar la memoria de los reinados deplorables de los tres hijos de Catalina de Médicis, de la insolencia desenfrenada de Montbrun, de las enormes crueldades del baron de Adrest, de la barbarie de Acier-Crussol, de los furiosos de Knox, en Escocia, y del monstruo á que se dió el nombre de conde de Murrat; de la guerra inhumana de los rústicos de Alemania, del reino infernal de Munster, de la mitad de los belgas y suizos degollados por la otra mitad, y de los crímenes á que se abandonaron con tal exceso los sectarios inmediatos á los turcos, que el sultan Soliman II escribió indignado á la Reina de Hungría Isabel, que si continuaba sufriendo aquella secta abominable, y no restituía todos sus derechos á la religion de sus padres, viese persuadida de que tendria en él un enemigo declarado, en vez de un protector constante.

No se vió libre de sus atentados el Papa, en el centro del catolicismo, en el seno de Roma. Bien notorio es lo que padeció Clemente VII en el saqueo de aquella capital, tomada por un ejército en que habia de quince á diez y ocho mil sacrilegos, animados por el conde luterano de Fronsberg: nombre insigne aun en el catálogo de aquellas personas funestas, á quienes elige Dios por instrumentos de su ira. Murió Fronsberg antes de haber podido descargar su rabia en el Pontífice; pero por lo mismo sus muchos y furiosos ministros afligieron á la desgraciada Roma con saqueo, con muertes, con inauditas crueldades, con incendios, con violaciones y profanaciones tan enormes que apenas pueden creerse, siendo más inhumanos que los godos, vándalos y todos los bárbaros juntos.

Lutero, no menos atrevido que los sectarios armados, hizo la guerra á su modo contra la Cabeza de la Iglesia y contra toda

la gerarquía. El libelo que escribió contra el estado eclesiástico, fue como una asonada dirigida á esterminar sin remision á todos los obispos. En él decide doctoralmente, que los fieles que se valen de sus fuerzas y de sus bienes de fortuna para asolar los obispados, las abadías, los monasterios y acabar con la dignidad episcopal, son los verdaderos hijos de Dios; y que al contrario, los que los defienden son ministros de Satanás. Todavía se ultrajaba más á la Cabeza del episcopado y de toda la Iglesia. Como el nombre de Anticristo, que desde la boca del heresiarca habia pasado á la de todos los hereges, no era ya bastante para exhalar su ódio contra el romano Pontífice, substituyó á los términos *caelestissimus* y *sanctissimus* (que son de estilo para significar la elevacion de la dignidad pontificia) los de *scelestissimus* y *satanissimus*, esto es, perversísimo y muy diabólico. Los nombres de diablo, asno, puerco, repetidos á cada paso, eran las figuras que brillaban en las filípicas de aquel nuevo Demóstenes, ó por mejor decir, en los juegos cínicos de aquel titiritero que tanto se complacia con la aprobacion y con la risa desordenada del populacho.

Al contrario, ¿cuál fue la conducta de la Iglesia tan cruelmente ultrajada? No hay cosa más á propósito para darnos á conocer la mano que la sostiene y gobierna, que su modo de proceder igual, siempre noble y magestuoso, en medio de tantas injurias, capaces de hacer que se olvidase de su propia dignidad. Pero se contentó con citar tranquilamente al heresiarca ante su tribunal; y Lutero respondió que compareceria en él con veinticinco mil hombres armados en defensa suya. La Iglesia hizo con gran serenidad las moniciones canónicas, las multiplicó, prorogó su término, usó de dulzura y longanimidad en cuanto podia

permitirlo la prudencia: decidió por último, y limitó su rigor á cortar aquel miembro gangrenado del cuerpo místico de Jesucristo. Únicamente opone la espada de la palabra al furor sedicioso, al frenesí, á la rabia del seductor anatematizado, y á los progresos y triunfos de la seducción. El sucesor de Pedro atiende con particular esmero á confirmar en la fe á sus hermanos y á todos sus cooperadores: redobla su vigilancia y solicitud en toda la estension de la casa de Dios, y reanima el espíritu de fe y de celo en el santuario, en los conventos y en todas las escuelas cristianas. Las universidades, á egemplo de los obispos, suscriben á la decision apostólica, y declaran, que cualquiera que contravenga á ella será desterrado de su seno. Doctores celosos, sábios misioneros se esparcen por todos los paises, y aun por los dominios en que está entronizado el error: confunden á los predicantes, convierten á algunos de ellos, y conservan ó reducen al centro de la unidad á los pueblos vacilantes. Hecha la separacion se cortó irremisiblemente de la sociedad de los fieles á todos los obstinados é incorregibles.

Algunos prelados de los mas distinguidos, como los condes de Weiden y Truchses, arzobispos electores de Colonia, las iglesias de la mayor parte de las ciudades imperiales, los electorados de Sajonia, de Brandemburgo, del Palatinado y otras muchas soberanías de Alemania, la mitad de la Suiza y los estados generales de Holanda, los reinos de Inglaterra, Suecia y Dinamarca, todo esto quedó suprimido de la Iglesia, sin ningun respeto al daño que causaba esta inmensa supresion. Corresponde al Pastor eterno señalar las ovejas que ha recogido, y á su Vicario apacentarlas y dirigir las despues de haber sido incorporadas al rebaño. La Iglesia, conservadora y no árbitra del sagrado

depósito, se desentendió de toda alteracion, modificacion y composicion. Fue necesario recibirle todo entero ó quedar absolutamente escludido del redil; y aun en los puntos que no son mas que de derecho eclesiástico, se mostró la Iglesia inflexible, cuando creyó que la condescendencia podia ser favorable al desarreglo en las costumbres. Así hemos visto que se negó constantemente á conceder el matrimonio de los eclesiásticos, á pesar de las continuas é importunas súplicas de Príncipes y Emperadores; y despues de todos los atentados del luteranismo y de cuantas heregías salieron de este tronco, hemos hallado y hallamos todavía en la comunión católica, no solo la fe, que jamás ha padecido variacion alguna, sino tambien todas las prácticas antiguas y universales. Tales son antes y despues de Lutero el agua bendita y todas nuestras bendiciones acostumbradas, la señal de la cruz, el uso de las velas encendidas y del incienso, los vasos y ornamentos sagrados, el orden de los divinos oficios, la magestad de nuestras ceremonias, y principalmente todos los ritos esenciales de nuestras liturgias antiguas. Por consecuencia, encontró la Iglesia en sí misma ó en la proteccion de Dios los poderosos recursos que la han sostenido contra los ataques de tantos ministros del infierno, desencadenados á un mismo tiempo contra ella en los últimos siglos.

Sin embargo, alargaron los Príncipes la mano para que no cayese el arca vacilante, y parecia que iban á sostenerla; pero como traspasaban los límites en que deben contenerse las potestades terrenas, no podian menos de precipitarla. Acordémonos de lo que sucedió en Francia, durante el deplorable gobierno de la madre de los tres Valois, la cual, despues de una indecision é inconstancia increíble entre católicos y calvinistas, resolvió por

último aquella matanza eternamente execrable, que al mismo tiempo que escitó un odio general contra los franceses, fue no menos perjudicial á la religion que al estado, como lo acreditaron sus resultas. ¿Renovaremos la memoria de la carta verdaderamente impía, que por consejo de Montluc, obispo calvinista de Valencia del Delfinado, escribió Catalina de Médicis al Papa, para que mandase quitar de las iglesias las santas imágenes, para que aboliese la fiesta del Santísimo Sacramento, y para que dispusiese que la Eucaristía se administrase, como en Ginebra, despues de la confesion de los pecados en general.

El Señor supremo, celoso del tributo de gloria que quiere para sí solo, era el que debia hacer de un modo no esperado la grande y gloriosa obra del restablecimiento de la Iglesia. En el momento decretado en sus consejos eternos, derramó su espíritu sobre toda carne, hizo que profetizasen los hijos y las hijas de Israel, suscitó un gran número de pastores, como los da á su pueblo cuando quiere colmarle con la plenitud de sus misericordias, esto es, un Santo Tomás de Villanueva, un Bartolomé de los Mártires, un San Carlos Borromeo, un San Francisco de Sales: colocó en el trono apostólico á San Pio V: suscitó patriarcas y apóstoles en ámbos sexos, de lo que son buena prueba San Ignacio de Loyola, San Cayetano de Tiene, San Felipe Neri, San Vicente de Paul, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Ángela de Brescia, Francisca de Chantal, y otros muchos hombres y mugeres de ánimo esforzado, cuyos trabajos, egemplos y discípulos hicieron que en pocos años refloriesen las buenas costumbres y el fervor en las personas de todas clases y condiciones.

Pero aun despues de haber reparado las brechas de la Iglesia

ó de su disciplina, las deserciones ó pérdidas locales que habia padecido, dejaban todavía en su seno ó en sus antiguas posesiones un vacío inmenso. Desde su origen no hubo jamás heregía alguna, sin exceptuar el enorme arrianismo, que la privase de tantos fieles y de tantas provincias; pero tampoco la habia abierto jamás el cielo un campo tan dilatado para sus conquistas y triunfos. Llegaron los tiempos señalados en las profecías, tiempos en que unos hombres que no tenían más que la figura de tales, y á quienes confundian los profetas con los osos y los leopardos, habian de obedecer al cayado con la docilidad de los corderos. Conmóvió Dios el cielo y la tierra para que los países mas remotos y desconocidos se acercasen unos á otros, é inspiró nueva actividad al espíritu del hombre, y nueva energía á su valor. Entonces puntualmente, como lo hemos observado, el profundo pensador de Liguria, el inmortal Colon, comprendió que el sol debia alumbrar en la mitad de su carrera á unos seres mas dignos que los mónstruos del Océano, y se arrojó intrépido á surcar mares sin término y sin nombre. Aclárase segunda vez el caos, y se presenta en la escena del mundo como un nuevo órden de criaturas. Reina una emulacion general que obliga á arrostrar las tempestades y los escollos: felizmente doblado el cabo formidable de las tormentas, toma el dulce nombre de Esperanza, y las dos Indias se hacen tan familiares á los europeos como su propio país. Llevados algunos del espíritu de conquista y de codicia, no hay duda en que cometieron muchos excesos y maldades, y que por cierto tiempo debió llamarse la tierra del oro, tierra de sangre y de lágrimas.

No llevó el cielo á aquellos países unos hombres mas viciosos ó á lo menos mas culpables que los que no conocian el

valor del oro y la plata, para que saciasen su avaricia con la abundancia de estos metales, sino para hacerlos participantes de los tesoros que no roe la polilla, y de la sólida felicidad que no tiene medida ni fin. No tardó su clemencia en hacer que sucediese el favor á la prueba, y la libertad de los hijos de Dios á las cadenas de la tiranía. Unos conquistadores de nuevo orden, sedientos únicamente de la salvacion de las almas, surcaron tambien la inmensidad del Océano, penetraron en las tierras ardientes del Brasil, en las selvas heladas del Canadá, en el centro del África, que se miraba como inhabitable, pasaron á los continentes, penínsulas é islas innumerables, comprendidas bajo el nombre de India, hasta las riberas casi fabulosas donde nace la aurora; y la rapidéz de sus conquistas fue igual á la de sus viages. No son mas que una parte de ellos cincuenta reinos ó principados adquiridos en diez años para Jesucristo por el apóstol de las Indias y del Japón. ¡Qué aumento de gloria para la Iglesia el carácter de las conversiones y de las virtudes de los nuevos súbditos que prestaban obediencia á sus leyes! Con admiracion lo hemos visto en la constancia casi increíble de un millon y doscientos mil japones, durante la persecucion mas cruel, capciosa, larga y continua de que hay noticia, sin esceptuar las de los primeros siglos. Mientras el santo discípulo de Ignacio entendia así el imperio de la Iglesia en Oriente, hacia tan rápidos progresos San Luis Beltran en la nueva Granada, en tierra firme y en el inmenso continente de la América meridional, que bautizaba en un solo dia mil, mil y doscientos y aun mil y quinientos idólatras. A ejemplo de estos verdaderos Apóstoles, sostenian y adelantaban una infinidad de misioneros la obra tan felizmente empezada: dejaron pocos paises donde la cruz no fuese levantada

en triunfo sobre las ruinas de la idolatría, y donde por lo menos no pudiese servir de señal ó de faro á los pueblos idólatras. ¿Qué no podríamos decir de las misiones de Turquía, estas, de la Grecia, de la Siria, de la Armenia, del Egipto y de todos los reinos é imperios comprendidos bajo el nombre de imperio otomano? Se habia comunicado á la Iglesia el espíritu de celo y de restauracion con una abundancia igual á sus pérdidas y reveses; y lo que no habia intentado en los tiempos mas serenos, lo emprendió con feliz éxito en medio de las tempestades mas violentas. Mientras que una de sus mejores porciones estaba amenazada de su ruina total en el infeliz reinado del último de los Valois, salieron de Francia muchos apóstoles que dieron principio á las vastas misiones de levante, las cuales, bajo los auspicios de un Emperador mahometano, ó á lo menos con su anuencia, contribuyeron á la reunion sincera de los cismáticos de Grecia, mas que todo el celo aparente ó verdadero de los Emperadores griegos. Basta este solo rasgo para que conozcamos el cuidado de la divina Providencia, no solo en sostener la Iglesia, sino tambien en reparar con ventaja sus pérdidas.

Aun no bastaba esto para la gloria de su adorable fundador. Al que todo lo crió de la nada, correspondia sacar el bien del mal, y esprimir del veneno mismo el antídoto. Así, pues, por medio de los mismos escesos del cisma y de la heregía, ó á lo menos con motivo de ellos, adquirió casi de repente la esposa del Rey inmortal de los siglos una fuerza y un esplendor, tal vez poco diferentes de las gracias de su primera edad.

Como habia un enjambre de novadores y censores injuriosos que no cesaban de hablar de reforma y de sublevar á los fieles contra su propia Madre, de la cual decian que estaba